

do con ella sus acciones soberanas. El Leviatán del Hobbes es la norma, el juicio, la medida de lo justo y de lo injusto, del vicio y de la virtud: lo que permite es honesto porque lo permite: lo que prohíbe es culpa, porque lo prohíbe; y lo que manda no solo es lícito, sino es obligación en todos los súbditos, porque lo manda. Prescindiendo de los pactos y de las voluntades arbitrarias del Leviatán, las acciones humanas no tienen tacha moral, ni moral bondad. En nuestro Anónimo las mismas penas convenidas en los pactos sociales, ordenadas por la autoridad pública, no dejan de ser injustas, ilícitas y vituperables, si no son proporcionadas á los delitos; y las leyes inútiles, erróneas y dañosas, aunque determinadas por la suma potestad política y practicadas de la nación, no pierden el título de malas, de crueles y de ilegítimas. Llama nuestro autor en muchos lugares bellas, sublimes y divinas virtudes, no solo á la inocencia, sino á la humanidad, á la clemencia, á la beneficencia, calificando por consecuencia necesaria todo afecto contrario y toda contraria conducta con títulos diametralmente opuestos. Conoce además virtud y vicio, independiente de todo hecho, y de toda ley de los que mandan; y no solo conoce la real esencia de las virtudes y de los vicios, sino que venera y ama las primeras, y execra y detesta los segundos: de